

QUIZAS HOY PUEDA COMPARTIR CON ALGUIEN MÁS...

La Comisión Nacional para la Prisión Política y la Tortura, que presidió el obispo Sergio Valech, entregó el 10 de noviembre su informe final al Presidente Ricardo Lagos. Una muestra de lo que provoca y del sentir de muchos chilenos, es lo que muestra el siguiente texto.

Autor: María Eugenia Zuloaga

Hoy es el día después de la entrega del Informe que la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura preparara a solicitud del Presidente de la República. Días históricos, sin duda, sobre todo para quienes vivimos y sobrevivimos los "apremios" de la dictadura y para quienes jamás pensamos que algún día nuestros testimonios serían escuchados y evaluados en un contexto institucional.

Y los sentimientos parecen encontrados, aunque por sobretodo me invade la pena. Pena por aquellos que habiendo sido víctimas de detención y tortura no alcanzaron a vivir para haber testimoniado su verdad, muriendo en el anonimato y la desesperanza. Pena por aquellas personas decentes que vivieron en desconocimiento de la verdad y con ello perdieron la oportunidad de denunciarla. Pena por aquellos que sabiendo la verdad prefirieron ignorarla.

Pena por aquellos que aún teniendo poder y no compartiendo la verdad, no tuvieron el coraje de encararla. Pena por mi país y todos quienes vivimos en él, por el dolor colectivo que representará el tomar conciencia de lo que un ser humano es capaz de hacerle a otro. Y de lo que es capaz de hacerle mientras ese otro está reducido, incapacitado, vencido, desprotegido, abandonado.

Sin embargo también siento alegría, alivio y esperanza. Alegría y esperanza por lo que la verdad pueda aportar a un nunca más y por la tremenda oportunidad que se nos abre para deconstruir nuestra historia cultural de violencia para luego construir entre todos y todas una historia futura de plena convivencia, de aceptación a la diversidad, de justicia social y de derecho.

En lo estrictamente personal, hoy siento que de alguna manera mi dignidad de persona y de mujer ha sido reivindicada. Lo que viví, lo que soporté, lo que presencié, lo que lloré y lo que supliqué, existió, fue real. Y por Dios que es importante hacer una constatación más pública sobre los cientos de situaciones aberrantes y barbáricas que por tantos años guardé y restringí a mi círculo más cercano.

Por lo mismo creo que hoy me siento un poco más ciudadana de este mi país que hace algunos años, en nombre de los intereses superiores de la Patria y a través de sus agentes de Estado, me privó de libertad, me humilló, me denigró, me amenazó y me forzó a convivir con las sutilezas y los horrores de la miseria humana.

Y todo esto cuando sólo tenía 27 años, cuando con todo el idealismo del mundo había puesto a disposición de los chilenos más modestos de Arica mi profesión, mi energía y mi compromiso. Cuando la vida me sonreía porque estaba enamorada, cuando había iniciado un proyecto de vida familiar que en febrero de 1973 me había convertido en la feliz mamá de Ale y cuando la primavera de ese Septiembre me sorprendía con 9 semanas de embarazo, de un hijo que nunca nació.

Desde hoy

Creo que desde hoy podré hablar de todo esto, sin sentir ese manto de dudas que tantas veces percibí en las miradas de aquellos que, también por muchos años, no creyeron lo que pasaba, o si lo creyeron lo justificaban.

Desde hoy podré quizás compartir con alguien más (sin temor a avergonzarme por no ser creída, o a dejarme intimidar por el juicio que otros puedan hacer de mi calidad humana), sobre cómo el encierro, los apremios, las vejaciones, las privaciones y las necesidades extremas marcaron mi vida, la de mi ex compañero, la de mis hijas, y tal vez por extensión, la de cientos de hombres y mujeres que, al igual que yo, han deambulado por la vida, sintiéndose víctimas del silencio.

Cómo marcaron y cómo cambiaron la vida que, con altos y bajos, una siguió construyendo, a pesar de los recuerdos que calan el alma, de los amigos asesinados, de sus viudas solitarias frente a tres urnas selladas, de los duelos inconclusos, de las penas del exilio y del exilio en el retorno.

Quizás hoy pueda compartir con alguien más, por ejemplo, sobre el terror que alguna vez sentí... Cómo huele, cómo sabe, cómo se siente el la piel, cómo se asienta en la mente, cómo paraliza, cómo hace perder la noción del tiempo, cómo mina la voluntad de las personas y cómo muchas veces mata su esencia. O de la soledad... esa soledad infinita que te invade cuando no ves salida, cuando los cercanos se hacen lejanos, cuando las circunstancias te llevan a traspasar los límites de tus propios principios y valores, cuando aquellos, conscientes de su poder, disponen de tu cuerpo, tus rutinas, tu privacidad, tus derechos...

O del abandono... de esa tremenda sensación de abandono que te golpea cuando constatas que no tienes a donde ir ni a quién recurrir, porque el jefe de tu agresor es un opresor con más rango. Porque la autoridad máxima de tu ciudad es un eximio opresor, que años más tarde logrará ser el jefe máximo del organismo de la represión. Y porque la autoridad máxima de la Nación es el opresor máximo de la mitad de la nación. Y porque Dios... y porque Dios en esos tiempos no alcanzaba a proteger ni a cobijar a todos sus hijos.

O del dolor... de ese dolor penetrante y desolador que se anida en el pecho cuando ves la inmensidad de la injusticia, el barbarismo. Cuando tu compañero es tratado peor que un animal, cuando tu hija que sólo tiene siete meses corre tu misma suerte y es igualmente aterrorizada, prisionera, aislada, abandonada, desterrada y olvidada. O ese dolor punzante que te corroe el alma cuando a sabiendas de lo que le espera a otra víctima, te alivia que sea ella y no tú la que ido a dar a las manos del verdugo.

Y de ese dolor infinito que se siente cuando una se familiariza con la soberbia y ligereza con que algunos ejercen el poder, transformándose en tiranos, represores, torturadores, violadores y hasta asesinos de sus propios compatriotas, sin que ello les cause siquiera un problema de conciencia, o alguna contradicción vital.

Y cuando hablo de este último dolor, no puedo dejar de recordar a la abuela paterna de mis hijas, quien en 1974, después de viajar más de 28 horas en un bus para visitar a su hijo prisionero, le suplicó al Mayor a cargo de la guarnición, "por favor señor, permítame visitar a mi hijo, hace tanto tiempo que no lo veo y vengo de tan lejos. Por favor señor, póngase en mi lugar" La respuesta a su súplica fue escuetamente violenta. "Señora, si yo estuviera en su lugar y tuviera un hijo como el suyo, yo mismo lo habría matado".

El recuerdo del dolor de esa mamá, parecido seguro al dolor de muchas otras que sólo amaban a sus hijos, me ha acompañado desde entonces. Su testimonio no es parte del Informe Valech, tampoco el de mi hija.

Fuente: Mujereschile.cl
Noviembre 2004



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:

<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, tesis, testimonios, discursos, fotos, prensa, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores.